

IV

En la sombra.

El 23 de agosto, algunos días después de la excursión del barón Mosés, su hijo, y el marqués de Causседé á Marignac, un apuesto jinete hizo alto delante del kiosco de las hermanas Soubére.

Era Juan Dantenac.

Iba á enseñar á la tía y á las sobrinas la última carta de su hermano mayor, Pedro.

Su rostro varonil aparecía rebotando franca alegría.

Estaba verdaderamente soberbio, con la tostada cara que sombreaba el gorro negro, la mirada brillante, bien firme en su montura y las piernas ceñidas por altas polainas de cuero.

Las dos hermanas corrieron á la puerta.

Barrouse apareció en la puerta de su fragua al escuchar aquel ruido, y Rabastoul, el marmolista, que venía á renovar su provisión de tabaco, y sobre todo á echar un párrafo, gritó con su fuerte voz:

—Hola Juan. ¿Te va bien? ¿Qué casualidad te trae?

—Estoy libre esta tarde—dijo el joven—y he querido aprovecharla haciendo una visita á los amigos, al mismo tiempo que les doy noticias.

—¿Buenas?

—No son malas.

Benedetta saltaba de impaciencia.

Las miradas de Juan Dantenac lo explicaban todo.

El guía saltó á tierra, saludó afectuosamente á las dos hermanas y estrechó las manos de sus vecinos.

Mientras saludaba á Marieta, dejó deslizar estas palabras en su oído:

—Vengodecidedo á hablar á la tía Julia.

En un momento se organizó una pequeña comida.

Estas fiestas no exigen grandes preparativos; Rabastoul y Barrouse fueron convidados.

Se pondrían á comer á las siete y como fin de fiesta se trazarían agradables proyectos para el porvenir.

Marieta y Juan se dirigieron á la casa, dejando en el despacho á Benedetta con Barrouse, que la decía:

—Se me figura, muchacha, que van á ocuparse de tí; pero creo que no has de tener motivo para arrepentirte, pues Juan es un buen muchacho, muy formal y arreglado, y bien puedes decir que has tenido suerte.

La joven sonreía con dulzura: precisamente estaba pensando lo mismo.

Una vez delante de la tía, Juan expuso sus proyectos y leyó la carta de su hermano.

Pedro prosperaba; en diez años que llevaba en París, había reunido una pequeña fortuna y contaba aumentarla con el tiempo.

Ahora bien; quería que de su fortuna se aprovecharan sus hermanos; para esto contaba dar á su hermano Juan lo que éste necesitaba para establecerse, unos veinte mil francos; además deseaba que el matrimonio se hiciera lo más pronto posible. De poder ser, para el verano próximo.

Benedetta iba á cumplir diecinueve años, debía estar alta y fuerte y le constaba que Juan la quería con pasión.

Pedro Dantenac hablaba como el jefe de la familia.

Eran los suyos hermosos proyectos, que nadie podía rebatir.

La tía Julia estaba convencida hacía mucho tiempo; Barrouse y Rabastoul, los grandes amigos de la casa, aprobaban el matrimonio, y ya nos consta que su opinión era muy respetada.

Todo marchaba, como suele decirse, á pedir de boca.

En cuanto á los novios, hacía ya mucho tiempo que estaban de acuerdo y se entendían con media palabra.

La comida fué alegre, sencilla y poco ruidosa, como suele ocurrir en las familias que conservan las costumbres patriarcales de otros tiempos.

A las nueve próximamente, cuando las últimas luces del crepúsculo se extinguían por aquellos valles, la campana de la iglesia dejó oír el toque de *Angelus*.

Ya era tiempo de separarse.

Hubo ruido de sillas movidas, de des-

pedidas que nunca terminaban; los dos viejos amigos se despidieron, y Juan se puso á ensillar el caballo en un rincón de la cuadra, donde le había dejado.

Hay que explicarlo todo.

La casa del capitán Soubère no era, seguramente, un palacio. Se componía, en el piso bajo, de cocina y sala; y encima había dos habitaciones, separadas por un pasillo.

La tía Julia habitaba un pabellón separado, que se utilizaba también para las pequeñas necesidades de explotación de un campito que el difunto capitán había dejado á sus hijas.

Allí la anciana señora estaba independiente y podía acostarse tarde y levantarse temprano, atendiendo á sus quehaceres, sin molestar á sus queridas sobrinas, más cuidadas que si hubieran sido sus propias hijas.

Respecto á la seguridad de sus niñas, la tía Julia estaba muy tranquila.

Después de la partida del herrero y de Rabastoul, se puso á trabajar activamente.

Con las mangas recogidas, limpiaba y barria para conseguir que la sala donde comieron recobrase su aspecto habitual.

Marieta la ayudaba con afán, mientras Benedetta que había acompañado á su futuro á la cuadra, presenciaba cómo ensillaba el caballo y después tomaba sencillamente con él el camino de Luchón, pa-

ra permanecer un momento más en su compañía.

Los dos marchaban confiados, seguros el uno del otro.

Juan Dantenac no dudaba de Benedetta y ésta creía en su amigo como en Dios.

El tiempo pasa muy rápidamente para dos enamorados que se encuentran solos en una tibia y hermosa noche, alumbrados únicamente por la reverberación de las constelaciones que matizan la bóveda celeste.

Más de una vez Benedetta había murmurado tímidamente:

—Mira que es muy tarde y tengo que volverme.

Y Juan Dantenac, arrastrándola algo más lejos, la decía:

—Todavía un momento... ¡Soy tan dichoso en estos instantes!

Se aproximaban á la aldea de Guran, cuando Dantenac, haciendo un esfuerzo, se decidió á dejarla marchar.

—Pero, ¿no tendrás miedo de volver sola, verdad?—la preguntó.

—¿Miedo? No. ¿Y de qué había de tenerle? ¿Acaso no estaba acostumbrada á ir siempre sola de una parte á otra?

De todos modos, su novio quería volver á acompañarla, pero ella rehusó.

—Nunca encontraríamos el momento de separarnos—dijo con sencillez.

Por último se separaron.

Juan subió á caballo, y con la vista fué

acompañándola todo el tiempo que pudo á través de la oscuridad.

Bien pronto el ruido de los pasos de la joven se perdió entre el estruendo que producen las aguas de la Pique que bordea el camino de Luchon, y el joven escuchó el débil eco de su voz, que decía:

—¡Adiós, Juan!

Caminaba la joven soñadora y descuidada, aspirando á plenos pulmones el aire embalsamado con los penetrantes perfumes de las noches de agosto, y escuchando también la eterna canción de la Pique que arrastra sus aguas turbulentas sobre los guijos de su lecho.

Pensaba en las promesas del porvenir, en las esperanzas de su vida, en todo aquel amor de que se veía rodeada; en su padre, que como su madre, había muerto joven, cuando tan felices hubieran podido ser á su lado, y ya la faltaban solamente algunos centenares de metros para entrar en su casa, cuando de pronto se detuvo.

A dos pasos, en una senda que cruzaba, bajo un bosquecillo de árboles y maleza, la pareció escuchar un ruido extraño, algo parecido al golpe del casco de un caballo impaciente sobre la tierra, y al mismo tiempo una voz breve y enérgica que mandaba callar.

Lanzó su mirada á través de la oscuridad y escuchó; no distinguiendo nada se figuró haberse engañado y siguió su camino.

Pasaba al lado de un enorme álamo que crecía al borde del torrente, cuando se detuvo de nuevo temblando y sin fuerza para articular una sílaba.

Esta vez no se había engañado.

Un hombre, que á ella se le antojó con talla de gigante, un coloso como los que se nos aparecen en los medrosos sueños de la infancia, se separó del tronco del árbol y con los brazos extendidos, la cerraba el camino.

Quiso gritar, pero su voz expiró en su garganta, y antes de que pudiera darse cuenta de ello, una mano tapaba su boca, y sintió vendados los ojos con un pañuelo:

Dos brazos vigorosos la sujetaron.

Sintió que la conducían á un carruaje, parado á algunos pasos, que la colocaban sobre el asiento, y poco después una voz ronca dijo en su oído:

—Si tratas de moverte, ó das un grito, eres muerta.

Y el carruaje arrancó al trote largo, arrastrado por caballos que la desventurada ni siquiera había podido ver.

V

Amo y criado.

Cuando el barón Mosés pudo dejar á sus compañeros de paseo y se encontró solo y sin testigos con su fiel Próspero, su rostro cambió súbitamente.

De sombrío pasó á ser negro; de imponente llegó á ser amenazador.

Su cólera, su despecho, su orgullo quebrantado se manifestaron en terrible ímpetu.

Su rabia estalló con apariencias formidables.

Con voz ronca é irritada gritó:

—¡Próspero!

—¡Señor!

—¿Estás aquí?

—El señor barón me ha dicho que pasara.

—¿Has deseado tú alguna vez á una mujer que se haya burlado de ti?

—Más de una vez, señor barón.

—Y en caso semejante, ¿qué es lo que has hecho?

El normando se echó á reír.

—Eso, según, señor barón; casi siempre he procurado olvidar y he abandonado la partida. Es lo mejor que se puede hacer.

—¡Bah!

—Tanto más, cuanto que las mujeres complacientes no escasean en ninguna parte. El señor barón lo sabe mejor que nadie, y en último término, el señor barón hace una pregunta que yo en su caso nunca tendría que hacer.

—¿Por qué?

—Porque el señor barón tiene á su alcance medios de los que no dispone todo el mundo.

—¿Qué medios?

—El señor barón comprende muy bien lo que quiero decir. El señor barón guarda en su portamonedas argumentos irresistibles.

—¿Pero tú crees eso, Próspero?

—Y ante los cuales no hay persona que no se rinda.

—¡Tú crees que todo el mundo se rinde! Precisamente en eso es en lo que te equivocas, amigo Próspero.

—A fé mia—dijo el criado tranquilamente—que en esta ocasión yo no hago más que repetir lo que he oído al señor barón más de quinientas veces. El señor barón no cesa de repetir que todo se vende en este mundo, y que lo único que hay que discutir es el precio.

El barón apretaba los labios y se destrozaba la barba entre los dientes, paseando por la habitación con las manos cruzadas á la espalda, en una actitud que él adoptaba, tratando de imitar á Napoleón el Grande.

Volvió á pararse delante de su criado y le replicó brutalmente:

—¡Pues bien, sí! Eso era lo que yo creía y de ello he tenido muchas pruebas. Yo pensaba que con dinero se puede conseguir todo, y hasta ahora nunca me he equivocado... Si, todo lo he comprado, todo, y si yo entrase en detalles de todo lo que me han vendido, te asombrarías, de fijo. Así es que hasta ahora, juraba que todo se vende. Sin embargo, me engañaba... Y además estoy humillado.

Y repitió dos segundos después, silbando más que hablando entre sus dientes apretados:

—Terriblemente, lo confieso.

Y como el barón volviese á empezar sus paseos á través de la habitación, Próspero se levantó, cogió una silla y dejándola cerca de una ventana, se sentó en ella á horcajadas apoyando su barba en los brazos que cruzó sobre el respaldo:

—Por lo que veo—dijo—el señor barón se vé acometido de un deseo muy extraordinario.

El barón no contestó.

Apoyó su mano en el hombro del criado que parecía hundir su mirada en el jardín lleno de sombras, una mirada distraída, y de pronto cambiando de tono, con la mirada brillante, y aire determinado como si se hubiera decidido á franquear el obstáculo ante el que vacilaba hacia algunos minutos:

—Escucha—dijo—creo que te conozco bien: tú has entrado en casa con la idea de hacer fortuna.

—Si dijera lo contrario, señor barón, seguramente usted no me creería.

—¿Tienes ánsia de tener dinero?

—Solo los imbéciles no lo desean.

—¿Los medios para ganarlo te son indiferentes?

—A fé mia, señor barón. ¡He carecido tanto de él en mi juventud!

—En fin, que tú no serás dichoso hasta que seas rico.

—Exactamente, señor barón.

—Pues bien, amigo mío; hoy te se presenta una ocasión de redondearte, una ocasión única.

—El señor no tiene más que indicármelo; puede estar bien seguro de que no la desperdiciaré.

—Pues escucha y abre bien los oídos. Hay en estos alrededores una joven que deseo con verdadera locura.

—¿Y esta mujer, ó, mejor dicho, esta joven es?...

—Casi una campesina; hermosa, es verdad; hermosa como no he visto ninguna otra; pero sin una peseta, sin recursos, sin porvenir.

—El señor barón habla con demasiado fuego, y yo creo que haría bien en desconfiar... Está usted en una edad en la que no es prudente apasionarse de ese modo.

—Me he interesado estúpidamente por esa joven, casi sin conocerla, únicamente porque la vi un día á su puerta.

—Verdaderamente que todo esto es muy novelesco.

—Después he vuelto á verla á menudo; sin embargo, nunca me encuentro satisfecho.

El normando sonrió con malicia.

—El señor barón no tiene necesidad de insistir—dijo;—sé muy bien de quien quiere hablar el señor Barón.

—¡Ah!

—Se trata de esa pequeña de Marignac,

la Virgen, como han dado en llamarla... Ciertamente que es un buen bocado.

—Tú quieres decir...

Una joven rubia que se llama Bendetta Soubère.

—Sí, ella es, y es hermosa, con una belleza fascinadora, irresistible... Nada me parecería mucho con tal de poderla arrancar de este pueblo en que vegeta, y llevarla á París para poseerla yo, yo solo.

Y añadió con verdadero trasporte:

—He pagado cientos de miles de francos por algunos cuadros famosos... y sin embargo, ¿dónde hay un cuadro que pueda parecerse á esa obra maestra, palpitante y llena de vida! ¡Y qué placer puede proporcionar ninguna pintura en comparación de esa mujer!

Y añadió, volviéndose al normando:

—Tú eres un ateo, un descreído, no tienes fe en nada; pero yo, yo creo en el verdadero Dios, en el divino artista, y le admiro en sus obras... esta ¡ay! es adorable.

—¡Y desea usted adorarla de cerca!

—Si no fuera yo, sería otro; ¿eso qué importa?—añadió el judío con acento sombrío.—Cuanto tenía que decirle, se lo he dicho; todo se lo he ofrecido, y ella apenas si me ha hecho el honor de escucharme. Me rechaza y me desprecia. Para ella resulta ridículo, odioso, con este amor tardío. Es la juventud lo que ella desea; un joven el que ella quiere.

—¿Un joven?—dijo inocentemente Próspero.

—Si, un pobre como ella... un guía.

—¿Juan Dantenac?

—El mismo. Pero qué, ¿tú lo sabes todo?

—Tengo ojos para ver, y además, escucho todo lo que puedo.

—Eres un bribón que no tienes precio.

—El señor barón me adula demasiado.

—Concluyamos—replicó el judío con impaciencia;—el recuerdo de esa joven me atormenta y me exaspera... Estoy dispuesto á todo con tal de asegurarme la tranquilidad.

Y añadió, con una sonrisa que helaba la sangre en las venas:

—Para remediar el hambre, no hay cosa mejor que una buena comida.

—¿Qué quiere decir el señor barón—preguntó Próspero.

—Que yo estoy dispuesto á todo por satisfacer la mía.

¿A todo?—preguntó Próspero, interrogando al mismo tiempo con la mirada.

—A todo.

Hubo unos momentos de silencio.

—El barón hundió su negra mirada en los ojos de Próspero, que á su vez trataba de adivinar el pensamiento de su amo.

—En suma, ¿qué pretende usted hacer?—preguntó el criado.

—A tí es á quien le toca hablar.

—¿A mí!

—Tengo muy falsa idea de tu talento si

tú no encuentras un remedio para esta situación.

—Es que positivamente, el señor me infunde miedo.

—Explicate pronto.

—Nunca he visto al señor en semejante estado.

—Razón de más para que trate de salir de él.

—Sin duda, pero... y el medio.

—Voy á indicartelo, puesto que tu imaginación es tan corta según parece. Para mí es una injuria el desdén de esa muchacha. Prefiere á un pelagatos, un guía, quiere mejor la miseria con él, que conmigo la opulencia, y van á casarse según creo.

—¿Con ese Juan Dantenac?

—Tú lo has dicho.

—Es un buen mozo, ¡buena sangre! ¿No es hermano del que está empleado en la banca de Paris?

—Precisamente.

—Pues según tengo entendido el señor barón protege á ese empleado.

—En efecto, tengo mis proyectos sobre él... Pero estamos hablando de más. Esa Benedetta, ¿entiendes?... la quiero.

El normando se rascaba la barba.

—Eso es muy fácil de decir. ¡El señor barón la quiere!

—A cualquier precio.

—¿Cuándo?

—Antes de marcharme de Luchon.

—¿Y cuándo piensa marcharse el señor?

30555

UNIVERSIDAD DE MÉRICO LEÓN
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIÓN
"ALFONSO MARTÍNEZ"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Lo más tarde dentro de cinco ó seis días.

—Poco tiempo es.

—Hay tiempo sobrado para ganar diez batallas.

—Sin duda se podría conseguir... con los fondos necesarios.

—¿Te parece bastante con quinientos luises?

El truhán hizo un gesto lleno de malicia.

—Mejor sería poner mil. El señor barón los gana ó los pierde tranquilamente á una carta.

—Bueno, pues sean mil.

—Al señor barón le consta que la empresa ha de ser costosa

—Sí.

—Y que tiene bastantes dificultades...

—De otro modo no tendría mérito alguno.

—Y que en estos asuntos la justicia puede querer entremeterse...

El barón Isaac se limitó á contestar con un mohín desdenoso acompañado de un encogimiento de hombros.

Después de esta conversación, la fisonomía del barón cambió de aspecto y salió, encontrándose al marqués de Causse de con el que se dirigió al casino.

El Marqués, viendo la cara que sacaban el amo y el criado, pensó:

—¿Qué es lo que pueden maquinara juntos estos dos bribones? Sin duda se trata de la pequeña de Marignac, y este animal

de Próspero es capaz de todo. ¡Tengamos cuidado!

VI

Entre compinches

La noche es buena consejera.

Próspero Lagrippe no obraba nunca sin reflexionar.

Después de las confidencias del barón, se puso á pasear entre los pinos, detrás del establecimiento de baños, y trató de poner en orden sus ideas.

Lo consiguió sin gran trabajo.

La delicada comisión de que de improviso se había encargado, era una prueba de la confianza de su amo; pero no estaba exenta de algunas dificultades.

Ciertamente que el normando era hombre de recursos y que no se asustaba por nada; pero pronto hubo de convencerse de que por sí solo no podía llevarla á cabo.

Necesitaba ayudantes, ó mejor dicho cómplices.

Esta era la parte difícil.

Luchón es un país de gentes honradas. A los forasteros, es verdad, tratan de sacarlos el jugo durante la temporada de baños, pero ¡es tan corta!

Además, ¿qué mal hay en tomar un poco del dinero que sobra á las gentes que lo tiran por la ventana?

En Luchón los salteadores de caminos